Concurso de microrrelatos de Amnistía Internacional Madrid

AMNISTÍA INTERNACIONAL

RELATOS FINALISTAS 2023

ESCRIBIR POR DERECHOS

Relato ganador:

EL MURO Miguel Torija Martí , Castelló.

–¿Qué hay al otro lado papá?

El hombre no responde. Protegido por la oscuridad, mira a su hijo antes de encender la linterna y enfocarla hacia el muro. Los dos se miran. El hijo esperando que le resuelva la duda. El padre tratando de que su mirada acuosa sirva de respuesta.

–Más tarde, con el tiempo, plantaremos un árbol, de momento nos tendremos que conformar con esto –dice el padre por fin tomando al hijo del hombro. Entonces los dos giran la vista hacia su obra. Saben que el árbol no se parece al que ocupó aquel lugar pero eso no importa.

–Tenemos que marcharnos antes de que amanezca –dice el padre comenzando a recoger los botes de spray del suelo. El niño no reacciona, mantiene la mirada fija en el muro a pesar de que su padre ha dejado de enfocarlo con la linterna. Por un momento ha creído, ha querido ver mecerse las ramas del olivo.

Mención especial del jurado:

TÓTEMS David Villar Cembellín , Castro Urdiales (Cantabria)

Cuando cosieron nuestros labios para que no protestásemos, creyeron ganar. Entonces comenzamos a golpear nuestras manos y nos cortaron los brazos. A modo de desaprobación, pataleamos con furia y cercenaron nuestras piernas. Nos quedaban los ojos para criticar la censura, así que nos dispusimos a mirar con desprecio a nuestros inquisidores. Cerraron nuestros párpados con pegamento.

Mudos y ciegos, tótems tullidos e incapacitados, pensaron que no nos quedaba nada con que protestar. En ese momento nuestros corazones comenzaron a palpitar en morse. Escuchad su pulso, nuestro latido extendiéndose por el mundo.

Mención especial del jurado:

PROTESIA Antonio Olmos Belmonte, Murcia.

En unos años, una nueva tecnología revolucionaria el mundo de la realidad virtual. Con ella, no sólo se podría ver una realidad alternativa creada por la inteligencia artificial, sino sentir, mediante un traje adaptado, toda y cada una de las sensaciones que experimentaba. Un juego alcanzó éxito por encima de todos: el llamado "Protesia". Este juego permitía experimentar en primera persona las luchas y desafíos de aquellos que protestaban por sus derechos. Las personas podían conectarse a un dispositivo que les proporcionaba una experiencia sensorial completa. Les hacía sentir el temor de enfrentarse a la represión policial, la emoción de estar en medio de una multitud unida por una causa y, sobre todo, la satisfacción de lograr un cambio. La IA logró lo que tanto anhelaban los sindicatos y las ONGs: la participación masiva en protestas por causas justas. Y También el sueño de los poderosos y creadores del juego: encauzar las protestas en casa y en tiempos de ocio.

LO IMPORTANTE Isabel María Lobato Jiménez, La Orotava (Tenerife)

Laura metió las manos en el cubo de pintura azul y las estampó con fuerza contra la pared varias veces, dando vida a una mariposa de vaporosas alas. Luego sumergió sus pies descalzos en un cubo de pintura rosa y dibujó con ellos un camino a algún sitio. A continuación metió la nariz en un cubo de pintura amarilla y diseñó con ella luceros en el firmamento. Así fue plasmando diferentes partes de su anatomía por la inmaculada pared, sus rodillas, sus codos, sus orejas, sus cejas, su ombligo, su trasero, su boca, su pecho... Lo inundó todo de color y creó una nueva realidad. El efecto final era impactante, había creado un hermoso mural, lleno de sí misma. En el centro del mismo escribió esta frase, ¡Viva la libertad de expresión!

Quizá cuando lo viera la maestra, se percataría de qué era lo realmente importante del arte y dejara de suspenderla por no dibujar cenefas trenzadas enmarcando sus dibujos.

¡CIRCULEN, CIRCULEN! Stefania Martitsch, Buenos Aires, Argentina

—¡Circulen, circulen!— Un uniformado intentaba disuadir la agrupación prohibida. Desafiantes y rebeldes, comenzaron a caminar en ronda para no quedarse quietas en el lugar. Con las semanas, se sumaron más polleras largas, zapatos desgastados, carteles con rostros en blanco y negro y miradas penetrantes detrás de decenas de anteojos. A su paso, algunos hombres las trataban de locas, ya que ni los perros ni las cachiporras podían silenciar sus voces disidentes. — Y sí— dijo una de ellas—; somos locas de dolor.

No era una protesta más, sino una demostración jamás vista de fuerza y coraje que alcanzó cada hogar. Como ese sábado diez de diciembre, cuando un niño desayunaba junto a su padre que leía el matutino. Se asomó por su hombro, vio una página con un listado interminable y preguntó —¿Qué son todos esos nombres, papá?— Sin responder, el padre cerró el diario y se levantó para servirse más café. ¿Cómo explicar esa palabra? Porque si no estaban ni muertos ni vivos, ¿dónde estaban? La misma pregunta que guio ese manto de pañuelos blancos danzantes alrededor de la Pirámide de Mayo, cada jueves, a las tres y media, durante cuarenta y cinco años."

UNA TARDE DE OTOÑO Rosalía Guerrero Jordán, Valencia

Valentín salió de casa esa tarde con la promesa de volver a la hora cenar. Su madre le pidió que tuviera cuidado, mientras le abotonaba el abrigo. Ese hijo que le nació tan pequeño que no creyó que sobreviviera y que ahora le sacaba la cabeza. Un buen chico que trabajaba en la fábrica con su padre y que la ayudaba con sus hermanos. Ni siquiera bebía como el resto de amigos.

—Ten cuidado —repitió.

—Que sí, madre— contestó.

—Fina, deja ya al chico que solo vamos a la manifestación — dijo el padre desde la calle, mientras apuraba el cigarro.

La alameda se llenó de hombres que enarbolaban pancartas y gritaban consignas contra el cierre de la fábrica. Al final del recorrido la policía cargó. El padre de Valentín cayó al suelo y una lluvia de golpes lo cubrió.

—¡Dejad de pegar a mi padre! —la voz del joven se elevó entre los cascos y una porra se estrelló contra su cabeza.

Valentín nunca pudo cumplir la promesa que le hizo a su madre.

Era una tarde de otoño, y las luces de las farolas se reflejaban en los charcos. "

ALZAR LA VOZ Iván Humanes Bespín, Cornellá de Llobregat (Barcelona)

Mi hermano y yo nos dedicamos a coleccionar frases de protestas. Suelen estar apuntadas en hojas de libreta o en cartulinas enormes. Visitamos ciudades. Asistimos a concentraciones. Y cuando todos han marchado escudriñamos los rincones. Tras la protesta, las proclamas se desprenden de las cabezas. Acumulándose en las aceras, siguen latiendo. Dispuestas a que cualquier paseante las agarre, las lea y asuma como propias. Pero hay que tener cuidado con los Hombres Grises. Un ejército que ocupa ciudades y tiene nuestro mismo objetivo: encontrar derechos. Pero con un fin diferente: el silencio. La destrucción de la proclama.

Esconden libertades. Promueven las reclusiones arbitrarias. Tienen miedo de los derechos. Cuando ven alguno escondido detrás de un coche o a la sombra de una esquina, corren. Por eso su objetivo es el silencio. El nuestro, la voz. Y sabemos que si llegamos antes que ellos pondremos a salvo la reunión pacífica. Los grises se hacen llamar Odio. Algunos Violencia o Detención. Y de ahí la importancia de nuestras acciones. Ser rápidos. Acumular frases. Luego, subimos a las azoteas y soltamos esas palabras. Libres, revolotean. Adoran posarse sobre las cabezas. Sin hacer ruido, silenciosas, iluminan mentes.

MÍO Martín Ernesto Troncoso, Buenos Aires (Argentina)

Libertad avanzaba furibunda por el sendero, con un globo blanco en su mano cuando la detuvo el Guardián de los Caminos. No la dejó pasar.

- Mío- dijo el señor muy serio.
- ¿Por qué?- preguntó Libertad.
- Porque estamos en guerra. Y tú clamas por la paz.

Libertad volvió con un globo rojo, decidida.

-Mío -repitió el Guardián - Simboliza el comunismo. ¡Maldita izquierdista!

Libertad se expresaba portando un globo negro.

-Mío. Acá gobierna el racismo- y marchó con las manos vacías.

Libertad arribó con tres globos multicolores.

-Míos. – pues representan la diversidad y aquí somos todos igualitos.

Con tantos globos encima el Guardián levantó vuelo. De a poco empequeñeció. Se perdió entre los cielos.
Lo último que dijo fue un lejano:

-Míooooooooo….

Dicen que la libertad da el aire donde las causas justas se elevan. Aquel que intente tomarlas, por la fuerza, lucha contra todas las leyes, incluso la de gravedad. Y se pierde en los abismos donde su ser se hace nimio.

Vuela con pies en tierra, que alimenta y nos cobija. Es sabido, por más poderosos que parezcan, a los guardianes de los caminos siempre se los lleva el viento.

AUDACIA Emma Reverter Barrachina , Barcelona

Una mujer que camina por la calle sin velo. Un hombre que se pone el hijab. Una mujer que estudia a escondidas. Un hombre que deja la universidad como muestra de solidaridad. Una mujer que se corta el pelo. Un hombre que luce melena. Una mujer que asiste a un acto público con pantalones. Un hombre que pronuncia un discurso y lleva falda. Una mujer que da el pecho en público. Un hombre que reivindica su derecho a adoptar en solitario. Una mujer que corre en una manifestación. Un hombre que emite un comunicado en su despacho. Una mujer que se salta la prohibición de conducir. Un hombre que solo se desplaza en bicicleta. Una mujer que canta una canción con mensaje. Un hombre que decide que no volverá a actuar en su país hasta que no haya un cambio de régimen. Una mujer que concede una entrevista. Un hombre que permanece en silencio. Una mujer que decide que no quiere casarse. Un hombre que se casa con otro hombre. Alguien que lucha contra el modelo binario de hombre o mujer. Niños y niñas que alzan su voz. Personas audaces que quieren construir un mundo más justo.

JUAN SIN BOCA Daniel Zárate Rodríguez , Elche

Tenía miedo Juan. Sentía un estupor que le aletargaba. Andaba como otra hormiga más, calle abajo, asumiendo el sopor de una vida que le constreñía, que le opacaba. Rostros sin boca se cruzaban ante él entrechocando hombros sin percatarse siquiera, autómatas vacíos de vida ya. Acariciaba Juan sus labios casi desaparecidos, minúsculos. Reminiscencias, de aquel quien fue él en tiempos en que la epidemia no había comenzado a extenderse, le atenazaban. Pocos semblantes, equipados con aquel orificio que tiempo ha había sido altavoz del alma, quedaban ahora que la enfermedad era una realidad imperante, pocos más que un puñado. Llegó por fin Juan al trabajo. El cartel que, junto a la puerta principal, anunciaba la suspensión de los permisos estivales concedidos no pasaba desapercibido. Los trabajadores, en fila, alzaban la cabeza a medida que avanzaban robóticos, leían, volvían la mirada al suelo sumisos y cruzaban el umbral. Juan se sintió arder por dentro, la sangre bullir en sus entrañas, notó sus labios crecer. De pronto, un temor desmesurado le sobrevino. Rápido, se llevó las manos al rostro en busca de una boca que ya no estaba. Tornó la vista al suelo y avanzó sumiso cruzando el umbral.